

Aprovechar la coyuntura como una oportunidad para redefinir la política exterior: los casos de Argentina y Venezuela

Harnessing the Situation as an Opportunity to Redefine Foreign Policy: The Cases of Argentina and Venezuela

Claudia G. Jiménez González¹

Resumen

El artículo tiene por objetivo analizar la reconfiguración de las agendas de política exterior de Argentina y Venezuela frente a coyunturas específicas que generaron nuevos alineamientos en el sistema internacional. En el caso de Argentina, esto se relacionó con las causas y las consecuencias de la crisis económica-financiera de 2001 y, respecto a Venezuela, con el intento de golpe de Estado en contra del gobierno de Hugo Chávez en 2002. Derivado de estos acontecimientos, el ensayo explica la manera en que sus agendas exteriores dieron un giro importante en la definición de objetivos y en la jerarquización de preferencias en los últimos años.

Palabras clave: Política exterior, América Latina, Argentina, Venezuela, sistema internacional, relaciones internacionales.

Abstract

The article aims to analyze the reconfiguration of Argentina and Venezuela's foreign policy agendas facing specific situations that led to new alignments in international system. In the case of Argentina, it was related to the causes and consequences of the economic and financial crisis in 2001 and, with respect to Venezuela, with the attempted coup against Hugo Chavez's government in 2002. Derived from these events, the essay explains how their foreign agendas have had a major shift in the definition of objectives and the hierarchy of preferences in recent years.

Key words: Foreign policy, Latin America, Argentina, Venezuela, international system, international relations.

¹ Doctora en Ciencias Políticas y Sociales con orientación en Relaciones Internacionales por la UNAM. Ha desarrollado estancias de investigación en la Universidad Autónoma de Barcelona y la Universidad Nacional de San Martín en Buenos Aires, Argentina. Correo electrónico: c_jimenezmx@yahoo.com.

Introducción

En este nuevo milenio, los asuntos relacionados con el terrorismo se han convertido en un referente obligado para todo aquel que estudia el sistema internacional y la agenda estratégica de nuestros días. Las amenazas comunistas que caracterizaron la era de la Guerra Fría han sido reemplazadas por lo que se conoce actualmente como “las amenazas civilizatorias del subdesarrollo y del terrorismo”.

Después del 11 de septiembre de 2001 (11-S), América Latina parece importar cada vez menos, estratégica y geopolíticamente hablando, a Estados Unidos. Resulta difícil pensar que este mismo hecho pueda suceder en países en los que la dependencia estructural marca los ritmos de su propia economía. Países como México, Colombia y los de la cuenca del Caribe, sus principales socios comerciales, acreedores y fuentes de inversión por tradición, son también los que advierten una arraigada dependencia. Inclusive México, considerado como un líder nato en Centroamérica, no ha detonado una estrategia de diversificación comercial, y aunque existen avances en la materia, éstos han sido muy lentos.

En otras latitudes, en países históricamente menos dependientes del hegemón, observamos algunos escenarios interesantes. A inicios de este nuevo siglo, Estados Unidos decidió, como parte de su estrategia para vencer al terrorismo mundial, frenar sus flujos de inversión y de apoyo económico en momentos de crisis, tal y como ocurrió en Argentina en 2001, y actuar sin una estrategia geopolítica definida frente a una Venezuela ideologizada, por ser un suministro histórico y permanente de petróleo y energéticos.

Ante tales cambios, estos países comenzaron a buscar nuevos modelos de inserción que les permitieran interactuar en un sistema por demás complejo. No sólo como producto de una permisividad internacional, derivada de una política estadounidense que parecía ajena a los intereses del hemisferio occidental, sino también como resultado de las crisis políticas y los costos económicos de la instauración de modelos anacrónicos en las sociedades latinoamericanas.

Desde entonces, algunas de las políticas exteriores están trabajando frente a innumerables retos para construir sus agendas con nuevas formas de vinculación temática que impulsen procesos cooperativos en los que conceptos como los de independencia y soberanía cobran un valor renovado. El no alineamiento, en términos positivos, es una característica en común que podemos encontrar en las agendas de Argentina y Venezuela.

En el primer caso, la coyuntura específica que obligó a replantear el actuar de la política exterior en sí misma estuvo relacionada con las repercusiones de

la crisis de 2001 y la política menemista de la década de los años noventa. Tenemos que recordar que Argentina fue fiel a las reformas estructurales dictadas por el Fondo Monetario Internacional (FMI). Más de 10 años, las políticas de convertibilidad (la paridad uno a uno entre el peso y el dólar), la privatización y la apertura comercial y financiera, se sostuvieron sobre el endeudamiento y la inversión extranjera.

Pero todo llegó a su fin cuando las privatizaciones se agotaron y el endeudamiento limitó la capacidad de pago de Argentina. En noviembre de 2001 el temor de devaluación aceleró la fuga de capitales y el gobierno congeló las transacciones bancarias a través de lo que se denominó “el corralito”. De ahí se derivó un periodo de inestabilidad política y económica como resultado del estallido social y la salida inminente del ex presidente Fernando de la Rúa.

En materia internacional, la política exterior menemista consideró la eliminación de las confrontaciones de naturaleza estratégico-militar e ideológico-política con Estados Unidos como un eje rector en su política. Es por ello que el entonces canciller argentino Guido de Tella, hablaba de sostener “relaciones carnales” para sacar beneficio de la relación.

Con la llegada de Néstor Kirchner en 2003 se rompió esta tradición. Fue entonces que Argentina dejó de centrar su mirada en Estados Unidos, a través de un discurso desafiante en contra del que había sido su mejor socio e incrementaba sus relaciones con Venezuela y Cuba. Además, comenzó a establecer una agenda internacional que priorizaba los contactos subregionales.

Por otro lado, en el caso de Venezuela, la coyuntura específica que obligó a replantear sus estrategias tuvo su origen en abril de 2002, con el intento de golpe de Estado por parte de opositores al gobierno (empresarios y fuerzas militares conservadoras). La consecuencia inmediata de este suceso repercutió en el crecimiento de la polarización de la sociedad venezolana y en el firme rechazo del presidente Hugo Chávez a la privatización de sectores clave, como los hidrocarburos.

El antecedente inmediato de esta desvinculación con lo tradicional, junto con la división de la sociedad, se halla precisamente en el momento en que Chávez llegó al poder en 1998, con el apoyo mayoritario de la ciudadanía. Sin embargo, el detonante del cambio de estrategia internacional se dio con el intento de golpe de Estado. Líderes antichavistas se enfrentaron en el Palacio de Miraflores y Pedro Carmona, entonces presidente de la Federación Patronal de Fedecámaras, se autoproclamó presidente de Venezuela. Dos días después el mismo ejército reinstauró el orden y se negó a reconocer a los golpistas. A esta intentona se le ha comparado con la sucedida en Chile en 1973, porque al mismo tiempo que mostró la paralización de sectores económicos, hubo una movilización masiva con una gran difusión en medios de comunicación.

Lo sucedido tuvo un impacto mediático mundial. Sin embargo, Chávez logró revertir este evento a su favor. Como explicaremos en este artículo, fue la misma oposición la que le abrió las puertas para tomar las riendas de la industria petrolera y la que lo animó a profundizar en su retórica discursiva, en donde el nacionalismo bolivariano, la confrontación hacia Estados Unidos y la orientación hacia un desarrollo endógeno se repiten una y otra vez.

La nueva agenda internacional de Chávez condena el neoliberalismo como sistema económico, pero no propone un nuevo paradigma que en la práctica resulte benéfico para las sociedades latinoamericanas. Toma distancia política sobre las posturas estadounidenses, pero no logra deslindarse del todo de su relación económica-petrolera. Se acerca a posturas latinoamericanas de izquierda con afinidades ideológicas. Fortalece sus relaciones con Argentina, Cuba y Bolivia, principalmente, y apuesta con agresividad por una integración latinoamericana, a través de iniciativas como MERCOSUR, la Alternativa Bolivariana para las Américas y la Unión de Naciones Sudamericanas.

En conclusión, el presente artículo intenta delinear estas líneas y vértices que unen a las políticas exteriores de ambos países, que digamos que aprovecharon las coyunturas específicas internas para cambiar sus estrategias, al menos en lo internacional. Estas crisis, que no son más que cambios, son utilizados para generar una nueva línea de desvinculación con la política tradicional que convierten en oportunidad.

Estas transformaciones coinciden con un diseño de política exterior que no sólo está ligado a una lógica maximizadora, es decir, a una simple maximización de intereses económicos, sino que también responde a principios y doctrinas, así como a los cambios en la agregación de preferencias en la toma de decisiones, como producto de factores propios de las crisis políticas y económicas que sacudieron a los países.

Es cierto que los efectos de las acciones de política exterior para consolidar sus respectivos regímenes de gobierno han sido cuestionables, sobre todo en el caso de Venezuela por su hiperpresidencialismo y discurso antihegemónico. Mucho se ha escrito ya al respecto y el tema por sí solo suele ser fascinante desde cualquier punto de vista. Sin embargo, nos parece que los estudios sobre estas nuevas formas de inserción internacional son asuntos que han sido poco abordados y que son igual de fascinantes. Esto no quiere decir que desvinculemos a la “cosa” internacional de lo político propiamente, porque sería negar la esencia de cualquier gobierno. Es sólo que queremos asentar que aunque sus políticas domésticas están en la mira constante del escrutinio público, lo cierto es que sus agendas internacionales son mucho más activas que otras en foros mundiales, con posiciones claras e independientes. Algo de ello podría aprender un país como México.

Los cambios y las continuidades en las preferencias dentro de la política exterior argentina

La curva aparentemente exitosa de la transición democrática argentina en los años noventa sufrió un revés con la crisis económica y política de 2001. Con la salida de Carlos Menem y tras la renuncia del efímero presidente Fernando de la Rúa, el deterioro institucional mostró la falta de aplicación de reformas políticas desde la llegada de la democracia.²

La crisis trajo consigo una serie de transformaciones dentro y fuera del sistema político argentino y, por consiguiente, en el reordenamiento de la agenda de política exterior. De ahí que se desencadenara una serie de rupturas y continuidades y de nuevos alineamientos y agrupamientos regionales, que fueron proyectados en un ambiente internacional que priorizó el afianzamiento de la seguridad y la lucha contra “el terrorismo de agentes amenazantes”.³

Con Menem, ex presidente peronista que gobernó de 1989 a 1999, se hablaba de un tiempo económico que atraería estabilidad política. Así iniciaba un período de aparente consolidación democrática, porque durante la mayor parte de su mandato la estabilidad económica influyó para bien, pues el funcionamiento de las instituciones estaba erosionado frente al hiperpresidencialismo ejercido durante su gestión.

La vulnerabilidad del equilibrio de poderes, la debacle de los partidos políticos, el crecimiento de los *outsiders* y la personalización de la política en la toma de decisiones públicas son sólo algunas pruebas de ello.

Diez años después sobrevino el desencanto. Robert Russell y Juan Gabriel Tokatlian, ambos investigadores internacionalistas argentinos, afirman que “el colapso se constituyó para los decisores en Washington como un excepcional terreno para erigir el ‘test case’ de los nuevos lineamientos institucionales. Dos consideraciones sostienen su planteo: el reducido valor estratégico de Argentina en la agenda internacional post 11 de septiembre y el exiguuo peligro de propagación de la crisis hacia otras economías emergentes”.⁴

² Para mayor información sobre el tema, véase María Victoria Murillo, “Tango de un desencanto anunciado” en *Foreign Affairs en español*, vol. 2, núm. 2, 2002, pp. 1-17; y María Matilde Ollier, “Hacia un patrón argentino de inestabilidad presidencial” en *Estudios sociales*, núm. 27, año XIV, segundo semestre, 2004, pp. 38-54.

³ Para Estados Unidos después del 11-S, el llamado “eje del mal” (denominado así por el ex presidente estadounidense George W. Bush), estaba formado por aquellos países antagónicos a los intereses “democráticos y de justicia” de la doctrina occidental, así como por los que no se alinearan a lo que también se llamó “la lucha contra los países enemigos”. Dentro de éstos se encontraban Irak, Afganistán, Siria, Líbano, Corea del Norte y, por tradición, Cuba.

⁴ Roberto Russell y Juan Gabriel Tokatlian, “Argentina, Brasil y Estados Unidos: el desafío de

En el ámbito de política interna, la falta de legitimidad del sistema político argentino, más que una consecuencia de la crisis, fue causada por la misma fragilidad del sistema presidencial y la falta de eficacia frente a la gestión de las políticas públicas. En un marco de persistente deterioro social, las políticas gubernamentales agravaron la magnitud y los alcances de la crisis económica, además de acentuar su impacto sobre los sectores medios y más empobrecidos de la población.

Algunos indicadores socioeconómicos de aquel entonces hablaban por sí solos acerca de la gravedad del descalabro social:

19 de 37 millones de argentinos vivían bajo la línea de la pobreza, entre ellos 9 millones eran indigentes y siete de cada 10 menores de 18 años eran pobres. El ingreso per cápita se había desplomado estrepitosamente entre finales de los noventa y principios del siguiente decenio, pasando de 8,497 dólares anuales a 2,700 y la brecha entre los que tienen y los que no, era 47 veces más amplia de la que privaba en 1970. La desocupación se acercaba al 25 por ciento de la fuerza de trabajo...⁵

Las proyecciones de estos indicadores macro y micro económicos para 2003, peligrosamente graves y reales, advertían un hecho evidente: en Argentina lo único que crecía era la pobreza, el desempleo y la desigualdad.

Ante los estragos de esta crisis sin precedentes, las líneas discursivas de la política exterior argentina dieron un giro radical. Para entender los pormenores de estas transformaciones y sus principales rasgos, tenemos que remitirnos a la actuación de la política y de las relaciones exteriores en la década menemista. Primero que nada, observamos que en ese entonces el sistema era unipolar, es decir, Estados Unidos se erguía como la potencia hegemónica en el mundo. Es por ello que la política exterior argentina fue construyendo una relación especial, con el objetivo de abrir las puertas comerciales y económicas a través de la privatización y los principios del Consenso de Washington.

Menem estableció una política exterior caracterizada por un alineamiento incondicional con el mundo occidental, por medio de la adopción de lo que se denominan “los valores hegemónicos universalmente aceptados”, tales como la democracia, los derechos humanos y el libre mercado. Fue así como la política exterior tuvo un acentuado tinte económico.

Recapitulando: para la política exterior argentina, el primer orden de preferencias de su agenda era Estados Unidos. En el segundo, se encontraba la

una esfera de cooperación” en *Agenda internacional*, núm. 2, año 1, Buenos Aires, septiembre-noviembre 2004, pp. 16-30.

⁵ Rosario Green, *Visiones desde el Sur de América*, Porrúa, México, 2006.

asociación estratégica con Brasil. Por medio de estos dos órdenes, los argentinos esperaban maximizar sus oportunidades comerciales y financieras. Esta proximidad, sin restricciones, a la política estadounidense convirtió sus relaciones en una red de complejidad “carnal”, como lo afirmaría el entonces canciller argentino.⁶

La adopción de esta política exterior determinaba sus relaciones con el mundo y su actuación al desarrollar las siguientes acciones:

- a) el establecimiento de una alianza con las potencias “vencedoras” de la Guerra Fría y un alineamiento sin más con Estados Unidos, lo que implicó su retiro del Movimiento de los Países No Alineados;⁷ y
- b) la aceptación de manera implícita las nuevas reglas del juego de la economía y la política mundiales en la construcción de lo que se consideraba en ese entonces como nuevo orden mundial.

Como parte de este alineamiento y en función de consolidar esta relación preferencial también se adoptó una serie de decisiones que ratificó el rumbo. Argentina envió dos naves de guerra durante la Primera Guerra del Golfo contra Irak; votó a favor de la investigación sobre los derechos humanos en Cuba promovido por Estados Unidos; se adhirió al Tratado de No Proliferación de Armas Nucleares (TNP); y cambió el perfil de su voto en la Asamblea General de las Naciones Unidas aproximándolo a las posturas estadounidenses.⁸

Desde un punto de vista teórico, la política exterior argentina respondía a lo que se conoció como realismo periférico.⁹ Para Carlos Escudé, académico defensor de esta teoría, los países periféricos habían llevado adelante políticas de alto riesgo para sus intereses materiales, cuyo único beneficio radicaba en la

⁶ Aunque es necesario señalar que para Argentina los intercambios con Brasil en términos de cooperación económica siempre estuvieron presentes, pero en un segundo nivel.

⁷ Respecto al retiro del Movimiento de Países No Alineados, se obviaba la contradicción Norte-Sur, suponiendo la no existencia de intereses encontrados y hasta antagónicos entre las grandes potencias y los países vulnerables, dependientes y periféricos, para lo cual podría ser útil un foro internacional capaz de analizar los problemas comunes y elaborar las respuestas. A los planteamientos y objeciones se respondió que Argentina pertenecía al Primer Mundo, o sea al Norte, y se equiparaba al No Alineamiento como un valor de confrontación con Estados Unidos, que era cosa del pasado y que debía superarse. Ramón Alberto Aranda, *La política exterior argentina: de Menem a Kirchner*, Instituto para la Integración y el Desarrollo Latinoamericano (IDECLA)/ Universidad Nacional de Tucumán (UNT), Buenos Aires, 2004.

⁸ *Ibidem*, p. 4.

⁹ Carlos Escudé, *Realismo periférico. Fundamentos para la nueva política exterior argentina*, Planeta, Buenos Aires, 1992.

defensa de la dignidad, el orgullo y el honor nacional. Para Escudé la defensa de estos valores sólo era válida para los individuos, pero no para las naciones. Afirmaba que “el honor, la dignidad y el orgullo eran inevitablemente más importantes para quienes tienen su pan asegurado que para quienes no lo tienen y los costos materiales de una política orientada hacia el honor y la dignidad son más graves para quienes no tienen que comer...”¹⁰

Y así lo entendió el menemismo. Argentina, un país dependiente, vulnerable y estratégicamente irrelevante, no podía permitirse seguir desafiando a Estados Unidos y al mundo occidental con políticas principistas. Por lo tanto, las confrontaciones debían circunscribirse a la esfera económica, y a la hora de definir el interés nacional, al desarrollo económico.

Este tipo de política exterior que maximizó sus intereses al estar a favor de posturas alineadas con Estados Unidos, sufriría una transformación en los primeros años del nuevo milenio. Al sobrevenir la crisis financiera de 2001, Estados Unidos comenzó a concentrar su lucha contra el terrorismo mundial. Los acontecimientos del 11-S eran recientes y Washington perfilaba una política de ira y rencor hacia todo aquel que no comulgase con sus ideas. Agobiados con los preparativos para luchar en contra de Irak y Afganistán, no estaban dispuestos a coadyuvar en la solución de la crisis argentina, aún cuando el gobierno del sol amarillo había solicitado su ayuda para gestionar acuerdos con el FMI.

Los organismos financieros internacionales y el mismo gobierno estadounidense aceptaron buscar acuerdos y soluciones a la crisis hacia finales de 2002,¹¹ básicamente para evitar “el efecto contagio”, particularmente en Uruguay y Brasil (este último todavía resentía algunos efectos secundarios del “efecto samba”, con la devaluación del real en 1999).

Pese a la mejora en los márgenes de negociación externos, la realidad interna siguió siendo sumamente vulnerable. La caída en la actividad económica seguía a pique. Además, los decisores del Fondo, reticentes a reeditar errores pasados, incrementaban día a día las condicionalidades y remarcaban la aparente escasa voluntad de los actores políticos nacionales para garantizar la sustentabilidad de un programa consensuado.

De un momento a otro, el gobierno argentino consideró que había llegado el momento de propiciar un cambio decisivo en el proceso negociador. Así

¹⁰ Carlos Escudé, “La política exterior de Menem y su sustento teórico implícito” en *América Latina internacional*, vol. 8, núm. 27, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), enero-marzo 1991, p. 75.

¹¹ “El efecto contagio convenció al FMI” en *La Nación*, sección Economía, Buenos Aires, 2 de julio de 2002.

comenzó la etapa “del estira y afloja” entre autoridades argentinas y las del Fondo.¹²

Fue bajo esta situación y en el marco de un cuadro de movilización social y de cuestionamiento al sistema político tradicional que emergió, en 2003, el gobierno de Néstor Kirchner. Al respecto, algunos argentinos piensan que, como consecuencia del descalabro social, hubo hechos palpables que hicieron manifiesta una derrota político-ideológica del neoliberalismo que no era menor en términos sociales.

En su discurso ante la Asamblea General de las Naciones Unidas,¹³ Kirchner exhortó a los organismos multilaterales de crédito a asumir su responsabilidad por promover políticas que alentaron y favorecieron el incremento de la deuda de los países en desarrollo. Esta idea de corresponsabilidad fue uno de los ejes funcionales de su nueva manera de hacer política externa. La transformación en el discurso lo acercó a una sociedad argentina colapsada y ávida de cuestionamientos de otro tipo. El “Váyanse todos” de la multitud se refería a comenzar de nuevo o, al menos, intentarlo.

Kirchner trató que la recuperación económica se articulara con la agenda social con el objetivo de recomponer el orden político. Con su llegada al poder, la situación, al menos en lo político, logró una cierta estabilidad.

A partir de aquí parece que el nuevo gobierno hizo tabla rasa de los valores tradicionales en política exterior, al menos los de aquellos que privaban en la etapa menemista. La política exterior kirchneriana retomó una estrategia mucho más jurídicista, apegada a los cánones de política exterior ortodoxa, sin olvidar la importancia de las exigencias de un mundo globalizado. Los ejes centrales de este giro se centraron en:

- a) la recuperación de la soberanía y la toma de decisión propia del Estado;
- b) la recuperación de las funciones del Estado; y
- c) la necesidad de incorporarse al ámbito internacional sin ceder objetivos fundamentales como el crecimiento, el desarrollo y la distribución del ingreso.

Asistimos, entonces, al surgimiento de una política que dejó atrás las relaciones “carnales” con Estados Unidos y que encontró en el no alineamiento

¹² El 14 de noviembre de 2002 el ministro de Economía resolvió no pagar un vencimiento de capital con el Banco Mundial por un monto de 805 millones de dólares, lo que alarmó a los organismos multilaterales de crédito y a los gobiernos del Grupo de los 7 (G-7).

¹³ Página *web* del Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto, disponible en www.mrecic.gov.ar, consultada en septiembre 2003.

la construcción de otro tipo de relaciones en los que la identidad común y los intereses regionales tenían mayor trascendencia para la cooperación y el desarrollo económico. Frente a un sistema en franca apertura hacia la multilateralidad a principios del milenio, Argentina dejó atrás una incorporación “sin límites y valores” al sistema internacional y priorizó sus relaciones subregionales, en particular aquellas con el MERCOSUR y la Unión Sudamericana. En este sentido, el orden de preferencias en su política exterior no fue más Estados Unidos, sino que estuvo ligado al proceso de ingeniería conjunta y de relaciones cooperativas que pudo entablar con países de la región y en otros continentes.

La ampliación del MERCOSUR con la unión de otros miembros de la región estaba entre sus primeros órdenes de preferencias en política exterior. En este sentido, Kirchner jugó un papel fundamental en la paulatina integración de Venezuela al MERCOSUR durante 2003 y 2006.

El MERCOSUR y la integración latinoamericana fueron los principales ingredientes de un verdadero proyecto político regional que comenzó a profundizarse en otros aspectos institucionales e intentó ampliarse a nuevos miembros latinoamericanos.

Es por ello que la agenda argentina priorizó estos lazos con una necesidad estratégica esencial: contar con la importación de petróleo de Venezuela para paliar la crisis, detonar su crecimiento y reforzar la relación con Brasil como socio comercial tradicional.

Por ende, el acercamiento con Venezuela desde 2004 marcó también las pautas de su agenda y de sus prioridades en política exterior, sobre todo en temas ideológicos y comerciales. Sin embargo, aunque intentó aumentar su liderazgo en el espacio sudamericano, también es importante decir que seguía estando condicionada por las obligaciones financieras que dictaban los organismos internacionales y Estados Unidos para salir del *default*.

En síntesis, podemos observar la manera en que algunas naciones transforman sus paradigmas de comunicación e inserción con el mundo actual. En nuestra opinión, el caso de Argentina es un ejemplo de esta condición. Stephen Walt, especialista en política mundial y profesor de la Universidad de Harvard, en su libro *Taming American Power*,¹⁴ argumenta que los actores internacionales están desarrollando estrategias que combinan resistencia y colaboración frente a Washington. Y esto hizo la política exterior con Kirchner. Ni el alineamiento incondicional que recuerda a “las relaciones carnales” ni las confrontaciones extravagantes parecen ser las alternativas que están dispuestas

¹⁴ Stephen Walt, *Taming American Power*, W. W. Norton, Nueva York, 2005.

a poner en práctica hoy día países con un poder relativamente medio en cualquier escenario regional.

“Una prudente y sofisticada amalgama de prácticas resistentes y conciliadoras apuntan a contener suavemente el poder estadounidense...”.¹⁵ esta noción parece tener eco en la forma en la que la política exterior argentina actuó frente a su hegemonía. Asimismo, es importante mencionar que el acercamiento de Argentina con Venezuela en los últimos años no fue el resultado de un alineamiento automático, como lo hiciera con Estados Unidos, sino que se trata de una relación estratégica y geopolítica para ampliar los márgenes de integración. Esta relación es fundamental para ambos países, pues cuenta con una matriz energética y una proyección de mediano a largo plazo, que va más allá de la coincidencia ideológica de los gobiernos hacia posturas antiimperialistas.

En conclusión, a diferencia de la gestión menemista, la posición de Argentina frente a conflictos internacionales pasó de un alineamiento incondicional a Estados Unidos a una posición que privilegió el multilateralismo y las acciones consensuadas para dirimir tensiones. De ahí que la posición de Buenos Aires respecto al envío de tropas a Irak en 2003 haya condicionado el uso de la intervención a acciones multilaterales y bajo la conducción de Naciones Unidas. Finalmente, lo que observamos es entonces una estrategia de ajuste que tuvo que ver con el abandono de “las relaciones carnales” y un acercamiento a posiciones más regionalistas para obtener liderazgos.

Venezuela: rupturas, intereses y política exterior

En la década de los años noventa, tal y como lo hizo Argentina, Venezuela privilegió sus relaciones con Estados Unidos con el objetivo de liberalizar su mercado. Sin embargo, la curva de desaceleración económica no tardó en mostrar sus debilidades, iniciándose un panorama adverso que se manifestó en el gradual deterioro de las condiciones del grueso de la población, el mantenimiento de los privilegios de las elites del país y la pérdida de confianza en los partidos políticos.

En este contexto de descomposición, apareció por primera vez Hugo Chávez, tras el golpe de Estado fracasado en 1992 por la división interna dentro del ejército venezolano.¹⁶ Esta intentona fue calificada como hostil a Washing-

¹⁵ *Ibidem*, p. 138.

¹⁶ La crisis interna dentro del ejército respondía más al cuestionamiento hacia algunos cuadros por causas de enriquecimiento ilícito, ineficiencia en los mandos y ascensos por prácticas clientelares que a una ruptura vertical amplia.

ton, pero le dio a Chávez una oportunidad de aparecer en el espacio público, pidiendo deponer las armas “por ahora”. Esta alusión tuvo eco en la colectividad marginada de la sociedad venezolana, la que suponía que pronto su situación económica mejoraría, ya fuera siguiendo a un líder o volviendo a tomar las armas.

En el ámbito internacional, Venezuela, a diferencia de Argentina, no tuvo un alineamiento “incondicional” con Estados Unidos. Su misma inestabilidad política y una serie de gestiones gubernamentales corruptas e ineficaces no le permitieron tener una agenda internacional concreta, y por ello, fue adaptándose a sus propias directrices internas.

La herencia del pasado dictatorial venezolano marcó profundamente sus prioridades en política exterior. Su agenda constaba de una agregación de preferencias que respaldaban la estabilidad democrática y los temas comerciales y de integración. Por lo tanto, sus prioridades se centraban en fortalecer a la Comunidad Andina y ser miembro pleno de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP).

En el escenario político, la administración del entonces presidente Carlos Andrés Pérez mantuvo una política exterior hiperactiva “... que oscilaba entre un internacionalismo menos tercermundista, más orientado hacia los temas comerciales de cooperación Norte-Sur, y un regionalismo hemisférico comprometido con la apertura económica y la democratización”.¹⁷ En ese entonces, Venezuela se mostraba a favor de la integración para ser considerada por Estados Unidos como un socio confiable y seguro como proveedor de hidrocarburos. Esta actitud conciliadora lo definiría como un país democrático, petrolero y con múltiples identidades. Incluso en esa época Venezuela sólo entablaba relaciones con los países del mundo que auspiciaban valores y gobiernos democráticos.

A la llegada de Hugo Chávez, la manera de concebir la política exterior y sus prioridades dio un giro radical. En 1998, los venezolanos votaron por el insurgente que seis años antes había intentado derrocar al gobierno mediante un sangriento, pero infructuoso, golpe de Estado. Más de 50 por ciento de la población le dio su voto. La sociedad consideraba que una limpieza política interna sería la forma de frenar el prolongado declive económico del país, restaurar el crecimiento, crear empleos y superar la escalada de problemas sociales. Es por ello que en el discurso chavista encontramos una reiterada

¹⁷ Carlos A. Romero, “El pasado y presente de la política exterior de Venezuela” en Marisa Ramos Rollón (ed.), *Venezuela: rupturas y continuidades del sistema político (1999-2001)*, Petróleos de Venezuela S. A. (PDVSA), Universidad de Salamanca, España, 2002, p. 123.

crítica y desprecio por el *ancien régime* y propuestas para “volver a empezar” que movilizó, por ende, a un amplio sector social desencantado con la Venezuela tradicional.

A través de la fundación de la llamada Quinta República¹⁸ se habló de la oportunidad de crear un “nuevo comienzo”. Su proyecto de sociedad está caracterizado por los siguientes rasgos: a) la contemporización del ideario bolivariano como un pensamiento que explica el sentido de la rebelión; b) la alusión al pueblo como diversidad unida en contra de un enemigo común, lo que introduce un fuerte componente populista; y c) un discurso reforzado con elementos conceptuales clave, como democracia y nacionalismo. “Si algún rasgo caracteriza al chavismo es precisamente su nunca bien satisfecha necesidad de enfrentar al ‘enemigo’ por ‘traidor’ y ‘corrupto’ en nombre de la regeneración de la sociedad venezolana”.¹⁹

Para principios de 2002, a pesar de su contundente triunfo electoral cuatro años antes, Venezuela se encontraba polarizada: por un lado, se encontraba el grupo del presidente Chávez y la masa popular que había refrendado su victoria electoral y, por el otro, los sectores de la clase media y alta en la que figuraban empresarios descontentos²⁰ y fuerzas militares conservadoras que habían polemizado respecto al ascenso de Chávez al poder y que temían ser desbancados.

La oposición abrió dos frentes de acción para derrocarlo: un intento de golpe de Estado en abril de 2002 y una huelga de los trabajadores de PDVSA ese mismo año. De ahí devino una amplia rivalidad entre los sectores de la población y las elites. Se generaron movilizaciones tanto en Caracas como en el interior del país, lo que volvió complejas las relaciones políticas. Pedro Carmona Estanca, entonces presidente de la Federación Patronal de Fedecámaras, y Carlos Ortega, líder de la Confederación de Trabajadores de Venezuela —principales actores de lo que se conocería como el antichavismo—, hicieron un llamamiento conjunto para desatar una huelga los días 11 y 12 de abril con el objetivo de obtener la renuncia de Chávez. Los sectores chavistas y antichavistas se enfrentaron violentamente en los alrededores del Palacio de Miraflores en el

¹⁸ Véase Alfredo Ramos Jiménez, “Los límites del liderazgo plebiscitario” en Alfredo Ramos Jiménez (ed.), *La transición venezolana. Aproximación al fenómeno Chávez*, Universidad de los Andes, Caracas, 2002.

¹⁹ Luis Gómez Calcaño y Nelly Arenas, “Modernización autoritaria o actualización del populismo” en Marisa Ramos Rollón (ed.), *op. cit.*, p. 54.

²⁰ En lo que se refiere al sector empresarial, la confianza hacia el gobierno era prácticamente nula. La falta de contrapesos y controles efectivos para la voluntad presidencial eran vistos por parte de las cúpulas como amenazas directas a los inversionistas y empresarios potenciales tanto nacionales como extranjeros.

que murieron decenas de personas.²¹ El ejército restableció el orden sin reconocer al empresario como presidente y reinstauró al gobierno de Chávez en el poder.

Con el fracaso de esta intentona de golpe, la derrota de la huelga del petróleo y el restablecimiento del control gubernamental sobre PDVSA, Chávez radicalizó su discurso sobre el desarrollo de una revolución bolivariana en los países latinoamericanos y reforzó su discurso antiimperialista contra Estados Unidos. En consecuencia, el gobierno venezolano había convertido en victorias estos dos acontecimientos. Chávez aprovechó esta coyuntura para relegitimarse y comenzó a desplegar una serie de acciones y estrategias encaminadas a dar a conocer al mundo su proyecto político bolivariano.

La condena al neoliberalismo como sistema económico,²² el acercamiento a posturas de izquierda con países como Cuba, Bolivia y Argentina, la apuesta por la integración latinoamericana y el distanciamiento político, aunque no del todo económico con Estados Unidos, han sido sus principales ejes rectores en materia de política exterior desde 2004 a nuestros días.

Podemos decir que Chávez sacó ventaja de una coyuntura que evidentemente no le resultaba muy favorable. Y, en este caso, cabría citar la metáfora de Robert Putnam,²³ en donde la acción del estadista obedece a la lógica de las dos caras de Janus: “un ojo volcado hacia el sistema político nacional y el otro hacia el sistema internacional”. De esta manera, sin dejar de lado la política doméstica, el gobierno chavista superó la pasividad de la política exterior tradicional y comenzó a tejer todo tipo de relaciones en el escenario regional y mundial, algunas de ellas muy controvertidas.

Su política exterior acentuó el carácter estratégico y geopolítico de las relaciones con el mundo y promovió ampliamente la multilateralidad internacional. Sin tapujos Venezuela se acercó a países considerados opositores a la hegemonía estadounidense, como el denominado “eje del mal”, integrado por Irak, Irán y Libia, así como con aquellos que competían para que existiera un mayor equilibrio económico-comercial en el mundo, aportado por China y Rusia.

Derivado de una estrategia de diversificación económica y afín a sus ideas bolivarianas, Chávez estrechó lazos ideológicos con Cuba y Argentina y buscó

²¹ *El nacional* y *El universal* de Venezuela, versión en *Internet*, 13 y 14 de abril de 2002.

²² Es importante tener en cuenta que a pesar del discurso nacionalista, en el plano económico, el régimen ha seguido desarrollando un modelo esencialmente capitalista.

²³ Robert Putnam, “Diplomacy and Domestic Politics. The Logic of ‘Two Level Games’” en Peter B. Evans, Harold K. Jacobson y Robert Putnam, *Double-Edged Diplomacy in International Bargaining and Domestic Politics*, University of California Press, Los Angeles, 1993.

coincidencias con Brasil como socio estratégico prioritario. Asimismo, dislocó la línea tradicional de votos de abstención que hasta entonces había mantenido sobre los asuntos de derechos humanos, mostrando su solidaridad hacia países como Cuba, China, Afganistán, Irak e Irán.

La relación con Estados Unidos, al menos en el discurso político, se tornó antagónica. Paradójicamente, aún cuando la crítica hacia el “imperio” y el sistema económico figuraban como ejes del mensaje chavista, el crudo (petróleo), no dejó de fluir con normalidad a Estados Unidos y sigue siendo el vínculo comercial tradicional entre estos dos países.

Sin embargo, su política petrolera ha trabajado en dos sentidos: en lo inmediato, para maximizar la renta; y a largo plazo, para reducir la dependencia histórica que lo ata al mercado estadounidense. Al respecto, la petropolítica cuenta con las siguientes características:

- a) búsqueda de nuevos mercados, como China e India.
- b) ampliación de la presencia de PDVSA en países como Argentina y Bolivia para proveerlos de energéticos. En 2001, el gobierno venezolano firmó un convenio con Cuba para intercambiar barriles de petróleo a cambio de médicos cubanos que trabajan en las llamadas “misiones”.
- c) aumento de la producción, por lo menos como se hizo hasta 2008, para abrir las inversiones a los grandes transnacionales y como una política de defensa de precios en la OPEP.

Venezuela siempre ha utilizado el petróleo como un elemento fundamental para la articulación de nuevas alianzas. Los altos precios que tuvo de 2005 a 2008 ²⁴ permitieron al gobierno venezolano desarrollar cooperación energética con países clave en la región. Parece que es en esta área donde el gobierno ha desplegado los esfuerzos más ambiciosos, desarrollando iniciativas audaces como Petrosur, Petrocaribe y Petroandina como instrumentos claros para potenciar su influencia política en la región.

²⁴ La OPEP reacciona a los altos precios con aumentos en su producción. Recientemente un fuerte incremento de la demanda, debido a la emergencia de China e India como grandes consumidores, sumado a los problemas de producción (la huelga patronal en Venezuela a partir de 2002 y la invasión a Irak en marzo de 2003), provocaron nuevas subidas de los precios. De 2000 a 2005 el objetivo explícito en la banda de precios fue de 22 a 28 dólares por barril, y en el verano de 2006 el crudo alcanzó prácticamente los 80 dólares por barril. A esto se le tiene que sumar el papel protagónico de Hugo Chávez detrás de las actuales alzas. Con su llegada, ha cambiado la tradición de Venezuela como permanente violador de las cuotas de la OPEP y ha reducido la producción de crudo para fortalecer los precios. Véase sitio *web* de la OPEP, disponible en www.opec.org/home.

Petrosur, integrada por Argentina, Brasil y Uruguay, fue la primera iniciativa de este tipo, creada en 2004 como habilitador político y comercial, y dirigida a establecer mecanismos de cooperación e integración sobre la base de la complementariedad para hacer uso de los recursos energéticos.

Por su parte, Petrocaribe forma parte de una alianza creada en 2005 que permite a los países caribeños adquirir hasta 210 mil barriles diarios de petróleo de Venezuela, pagando de contado sólo 60 por ciento de la factura. Y por último, Petroandina, establecida también en 2005, formada por Colombia, Bolivia y Ecuador, es una asociación que tiene por objetivo optimizar el uso de la riqueza del petróleo y del gas en la subregión. Con estas apuestas, Venezuela ha ampliado tanto su espectro comercial y político como su ámbito de influencia más allá de sus fronteras, intentando cubrir prácticamente todo Sudamérica.

Sin embargo, la integración regional a la que alude el gobierno venezolano es paradójica y unidimensional, al menos, el ámbito ideológico. Además de confrontarse en el discurso con Estados Unidos, Venezuela se ha alejado de aquellos países de la región que no “comulgan” con ciertas ideas bolivarianas o se encuentran dentro del espectro político más orientados hacia posiciones de centro-derecha en su administración gubernamental. Fue el caso de México bajo la administración del entonces presidente Vicente Fox, y Perú, con el entonces presidente Alan García. La decisión de retirar a Venezuela de la Comunidad Andina y del Grupo de los Tres son sólo algunos ejemplos de ello.²⁵

Podemos inferir que si en el ámbito doméstico Chávez ha polarizado a la sociedad venezolana, también lo ha tratado de hacer en el ámbito regional. Esta constante división en su discurso ha devenido en concepciones maniqueas. El mandatario se ha referido a nuevos ejes regionales contrapuestos y los ha calificado como aparentemente irreconciliables. Identificó, por un lado, lo que denominó el “Eje Caracas-Brasilia-Buenos Aires” contra el “Eje Bogotá-Quito-Lima-Santiago de Chile” el cual, de acuerdo con sus propias palabras, estaría dominado por el Pentágono.

En este sentido, el gobierno venezolano ha restado y no sumado en su estrategia de integración regional, condicionando su cooperación a una ideología establecida y a una forma de llevar los asuntos públicos e internacionales. Esta es una de las grandes paradojas de su gobierno, pues al tiempo que postula un mundo multipolar, pareciera que sólo busca alternativas de vinculación estratégica con aquellos que lo acogen en su crítica acérrima al neoliberalismo

²⁵ Edmundo González Urrutia, “Las dos etapas de la política exterior de Chávez” en *Nueva sociedad*, núm. 205, 2006, pp. 159-171.

como modelo económico y con quienes también han interpuesto una distancia con Estados Unidos, con el fin de asegurar un liderazgo en la región.

Es cierto que en un sentido económico la distancia frente a Estados Unidos puede adquirir un valor positivo en términos de una menor dependencia estructural de los países latinoamericanos hacia el mercado estadounidense; sin embargo, desvincularse de procesos de integración comercial subregional, como lo fue la separación del Grupo de los Tres, lejos de sumar y potenciar una integración bolivariana —es decir, una integración de todos los países latinoamericanos— resta, divide y debilita los procesos cooperativos ya existentes.

En este sentido, el gobierno de Chávez se encuentra en la mira de los críticos y académicos, quienes discuten y debaten sus acciones de vinculación y desvinculación con el mundo. Lo cierto es que se esté de acuerdo o no con la manera de actuar del mandatario, lo que es indudable es que su gobierno se ha convertido en un actor mediático mundial, como resultado de una política exterior activa en el sistema internacional.

Conclusiones

Como hemos podido observar, la definición de objetivos y la jerarquización de preferencias en las agendas de política exterior de Argentina y Venezuela dieron un giro de 180 grados como producto de coyunturas específicas: la crisis económico-financiera de 2001 en Argentina y el intento de golpe de Estado al gobierno de Chávez en 2002. Podemos inferir que estos países sudamericanos “aprovecharon” tales circunstancias para posicionar sus políticas en la arena internacional, logrando algunos éxitos en el corto plazo.

Nos encontramos ante un agotamiento estructural del modelo neoliberal en Latinoamérica, que si bien ha dado lugar a la aceptación de nuevas formas de representación política, no necesariamente ha generado un cambio en el modelo económico. Lo anterior se presenta de manera continua en el discurso antiimperialista de Chávez.

Una vez agotado el “espejismo” neoliberal, Argentina y Venezuela buscan en el nuevo milenio modificaciones en su política exterior y una especie de recambio en la clase política de sus respectivos gobiernos. Han adoptado patrones que, aún inscritos en un paradigma conservador, han permitido un mayor desarrollo interno de sus economías, estableciendo procesos cooperativos y de intercambio de materias primas. Mientras que Argentina ha volcado su producción hacia los productos cárnicos y los cereales, Venezuela hace lo propio con barriles de crudo. En este sentido, existen algunas voces que dicen que van por el camino correcto.

Haciendo una pequeña síntesis de lo dicho hasta ahora, los reajustes en Argentina están vinculados con los siguientes elementos: a) el cambio de sus élites políticas; b) la reorientación de su política exterior; y c) la diversificación de su economía. Para el caso de Venezuela, estos reajustes incluyen: a) el fortalecimiento de la clase política en el poder; b) la importancia de una política exterior que marca los tiempos y actividades de la económica; c) la petropolítica como instrumento de poder; y d) el liderazgo en la región sudamericana.

Es evidente que ambos gobiernos han jugado un papel trascendental en el repunte de sus economías y en la manera en que reposicionaron su política exterior, al menos en la región que integran. Chávez ha sido reconocido a nivel mundial como un gran líder, y Néstor Kirchner logró remontar a Argentina de una crisis económica y un agotamiento político en cuestión de poco tiempo. En este último caso, en años recientes se ha registrado un crecimiento de entre seis y siete por ciento en la economía.

De esta investigación también se infiere que el hecho de que estos dos países tengan voz y presencia más fuertes en el ámbito internacional, no significa que su actuación interna no sea cuestionable. Hoy en Venezuela el presidencialismo es exacerbado y preocupa a la comunidad internacional la constante disminución de las expresiones políticas opuestas a su régimen. Pese a ello, cuenta con una legitimidad creciente entre la población, lo que le ha permitido seguir concentrando decisiones importantes tanto a nivel interno como en el exterior.

En Argentina sucede lo mismo. La dinastía Kirchner se mantiene en el poder con su viuda, Cristina Fernández, y aún cuando algunos críticos hablan de nepotismo, lo cierto es que también cuenta con el apoyo de la mayoría de la población.

Por otro lado, las perspectivas de la agenda exterior venezolana y argentina han sido constantes y puede que sigan ese curso. Su particular reinsertión en el escenario internacional fue el producto del cambio en sus objetivos de política exterior.

Sin embargo, para ambos casos existen continuidades que es importante destacar. Por ejemplo, para la política venezolana persiste el hiperpresidencialismo, característica innegable de los gobiernos venezolanos tradicionales y que se ha acentuado durante la gestión de Hugo Chávez. Además, se mantiene la “petropolítica” o “diplomacia petrolera” como una de sus principales estrategias de vinculación con el mundo.

Las rupturas se centran principalmente en el ámbito político-ideológico. En el afán por construir un proyecto socialista o bolivariano, las divisiones subsisten y no permiten siquiera hablar de un proyecto de integración regional, sobre la base de intereses mutuos. Es por ello que las relaciones bilaterales se

han multiplicado. Para Argentina y Venezuela, los intercambios comerciales y el acercamiento con otras potencias son aún incipientes, por lo que sólo a largo plazo podría hablarse de una cooperación importante con países como Rusia, China e India. En el caso de Argentina perdura la política de alejamiento respecto a los principales organismos financieros internacionales, el FMI y el Banco Mundial, así como respecto a Estados Unidos, y destaca la intención de diversificar sus relaciones comerciales, principalmente acercándose a la Unión Europea.

Por último, es importante decir que los resultados de las transformaciones en política exterior en ambos casos han sido utilizados para mantener el apoyo del electorado a sus respectivas gestiones. Chávez ha mantenido el respaldo popular y, a pesar de la crítica internacional a su forma de conducir el gobierno, continúa en el poder después de numerosos *referenda*, e incluso a pesar de la enfermedad que lo mantiene inactivo.

En el caso de Argentina, Cristina Fernández, desde 2007, ha dado continuidad a la política exterior de su esposo, Néstor Kirchner, basando el crecimiento económico en la exportación de productos primarios. También ha mantenido el apoyo de sus connacionales. El 23 de octubre de 2011 refrendó su mandato obteniendo más de 54 por ciento de los votos y con una diferencia de 38 puntos frente al candidato opositor. Cristina Fernández se ha convertido en la primera mujer reelecta en América Latina que ha obtenido la mayor cantidad de votos desde el retorno de la democracia en 1983 y la mayor ventaja histórica respecto al candidato ubicado en segundo lugar.

Lejos está México de transformar su inserción política en el sistema internacional. Está demasiado atado al mercado estadounidense en términos políticos, ideológicos y económicos, y éste no ha salido de la crisis económica que inició en 2008. A diferencia de Argentina y Venezuela, México ha respondido a las crisis de una sola forma: fortaleciendo su dependencia integral a la hegemonía del vecino del Norte.

También está lejos de desarrollar una política exterior activa y autónoma. En la celebración de la última Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas, México se abstuvo en las votaciones para que Palestina obtuviera el estatuto de observador que actualmente tiene en dicho organismo, tal vez porque su voto está comprometido con la política de subvención que Estados Unidos auspicia en Israel.

Por último, mientras que en otras latitudes vemos líderes de naciones latinoamericanas que llegan al poder con una diferencia indiscutible sobre sus opositores y, por ende, con el apoyo mayoritario de sus sociedades, en México está por finalizar un gobierno que ascendió al poder con una diferencia de 0.58 por ciento de la votación, frente al principal contrincante.

Bibliografía

- Alberto Aranda, Ramón, *La política exterior argentina: de Menem a Kirchner*, IDELA/UNT, 2004.
- El Nacional* y *El Universal* de Venezuela, Buenos Aires, versión en *Internet*, 13 y 14 de abril de 2002.
- Escudé Carlos, *Realismo periférico. Fundamentos para la nueva política exterior argentina*, Planeta, Buenos Aires, 1992.
- Escudé, Carlos, “La política exterior de Menem y su sustento teórico implícito” en *América Latina internacional*, vol. 8, núm. 27, FLACSO, enero-marzo 1991.
- Gómez Calcaño, Luis y Arenas, Nelly, “Modernización autoritaria o actualización del populismo” en Marisa Ramón Rollón (ed.), *Venezuela: rupturas y continuidades del sistema político (1999-2001)*, Universidad de Salamanca, España, 2002.
- González Urrutia, Edmundo, “Las dos etapas de la política exterior de Chávez” en *Nueva sociedad*, núm. 205, 2006, pp. 159-171.
- Green, Rosario, *Visiones desde el sur de América*, Porrúa, México, 2006.
- Lozano, Claudio, “Identificación y análisis de los principales cambios realizados por los nuevos gobiernos” en Antonio Elías (comp.), *Los gobiernos progresistas en debate*, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales/El Colegio de México/Instituto Cuesta Duarte, Buenos Aires, 2006,
- Machillanda Pinto, José, *Civismo político y golpe de Estado*, Italgráfica, Caracas, 1993.
- Murillo, María Victoria, “Tango de un desencanto anunciado” en *Foreign Affairs en español*, vol. 2, núm. 2, pp. 1-17, 2002.
- Ollier, María Matilde, “Hacia un patrón argentino de inestabilidad presidencial” en *Estudios sociales*, núm. 27, año XIV, Universidad Nacional del Litoral, Argentina, segundo semestre, 2004.
- Putnam, Robert, “Diplomacy and Domestic Politics, The Logic of Two Level Games” en, Peter B. Evans, Harold K. Jacobson y Robert Putnam, *Double-Edged Diplomacy en International Bargaining and Domestic Politics*, University of California Press, Los Angeles, 1993.
- Ramos Jiménez, Alfredo, “Los límites del liderazgo plebiscitario” en Alfredo Ramos Jiménez (ed.), *La transición venezolana. Aproximación al fenómeno Chávez*, Universidad de los Andes, Caracas, 2002.
- Romero, Carlos A., “El pasado y presente de la política exterior de Venezuela” en Marisa Ramos Rollón (ed.), *Venezuela: rupturas y continuidades*

del sistema político (1999-2001), PDVSA, Universidad de Salamanca, Salamanca, España, 2002.

Russell, Roberto y Tokatlian, Juan Gabriel, “Argentina, Brasil y Estados Unidos: el desafío de una esfera de cooperación” en *Agenda internacional*, núm. 2, año 1, Buenos Aires, septiembre-noviembre 2004.

Tokatlian, Juan Gabriel, “Kirchner y la política exterior: entre Ibn Khaldun y Stephen Walt” en *Revista Debate*, núm. 137, Buenos Aires, noviembre 2005.

Walt, Stephen, *Taming American Power*, W. W. Norton, Nueva York, 2005.

Página *web* del Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto, disponible en www.mrecic.gov.ar, consultada en septiembre 2003.